

—Mire usted, señorito: cuando en este pueblo no había más que dos tabernas, una en el barrio de San Antonio, y en el de San Francisco otra, no iban á ellas más que una docena de hombres que ya habían perdido la vergüenza, porque todo el mundo los señalaba con el dedo y los miraba con repugnancia.

Si tal ó cual día en el año, los mozuelos querían entrar en la taberna, lo hacían escondiéndose para que no los vieran; y si alguno se emborrachaba le obligaban los compañeros á que se acostara, y él mismo procuraba ocultarse, porque estar borracho era señal de haber estado en la taberna, lo que era una mancha.

Pues cuando se estableció el *café de Pepe*, no sólo iban á él los que antes iban á la taberna, sino también los que no iban, y la mayor parte, si no hoy mañana cogían alguna borrachera.

E iban al *café* con su cabeza levantada, haciendo porque los vieran, porque ir al *café* era una honra, y si se emborrachaban no hacían por ocultarse, hacían gala del *sanbenito*, porque era señal de haber estado en el *café*.

Mire usted, señorito: cuando no había en el pueblo nada más que las tabernas, daba gloria en los domingos, ver salir á todas las familias los maridos con sus mujeres, los hijos con sus padres, para ir á comer fruta á las huertas, y en el invierno á tomar el sol en el egido.

Allí veía usted á un lado á unos mozuelos que jugaban á la pelota en las paredes de las casas cercanas; á otra parte á otros que tiraban la *barra*, y más allá otros que jugaban á los *bolos*.

Y ¡qué gozo daba ver, á pesar del frío, aquellos *muchachotes*, sin sombrero, en mangas de camisa, tan colorados, con tanta salud y fuerza, que el que menos derribaba un toro de un puñetazo!

Pero vino el *Café de Pepe*, y hace ya mucho tiempo que no van acompañando á las mujeres los hombres porque están en el *café*.

Ya no juegan á la pelota ni tiran á barra, ni juegan á los bolos, y da vergüenza ver que cae una bestia en la calle y acuden diez ó doce hombres, que se llaman así por mal nombre, porque son muñecos que apenas pueden levantar la carga.

Voy á acabar, señorito; porque veo que su merced no quiere atenderme.

Cuando yo era muy niño, una tarde hubo una consternación en este pueblo; las mujeres y los hombres salían de sus casas diciendo con asombro é indignación:

—¡Qué infame! ¡qué bribón! la justicia debe castigarlo.

Yo, que era zagalillo, seguí el camino que la gente llevaba, y al llegar á la plazuela de San Antonio vi allí al pueblo entero con la